

las fuentes bautismales y á quien debió la órden franciscana una serie de pinturas maestras, ha engrandecido con su pincel suavísimo el crucero. Buffalmacio, sobradamente aficionado al naturalismo y olvidado del ideal, ha esparcido allí tambien reflejos de sus creaciones, como la trágica aparicion de Cristo á la Magdalena. El consumado dibujante, el colorista animadísimo, el precursor de la perspectiva, el maestro de los primeros escorzos, el inmortal Stefano, llena con una gloria maravillosa los espacios del ábside, gloria por desgracia perdida. Cavallini, cargado de años y de laureles, seguido por un culto universal, despues de sus triunfos en Roma y en Florencia, se acerca á este santuario y pinta en el crucero de la izquierda la escena última de la terrible tragedia de Cristo, la última hora del Calvario, el Salvador iluminado por la tempestad en su alta cruz y en su postrimer agonía, con caballeros armados á sus piés, que tienen toda la energía del feudalismo, y en torno de su cabeza ángeles suaves, arrobados, místicos, que tienen toda la dulzura y todo el idealismo de una plegaria. Capanna va, se encierra allí, se consagra al arte y á la penitencia, muere mártir de su devocion por el santo y de su entusiasmo por el santuario, dejando como un símbolo de su propia desgracia y como una imágen de su sacrificio, el sepulcro

de Cristo. Giottino siente tambien el mismo deseo de todos los artistas que aspiraban á dejar una página en el poema de Asis y corre á encerrarse dentro de sus muros sin hallar espacio suficiente á sus creaciones y sin poder teñir con su pincel más que un rincon de la capilla de San Nicolás, yéndose desde allí al convento de Santa Clara, la discípula de San Francisco, fundadora de una órden de mujeres que se calcaba sobre la regla de su maestro. Las enfermedades que le sobrecogieron no le dejaron concluir sus trabajos, y tan escaso de fortuna como de gloria, entristecido por su propio natural y por la pública ingratitud, siempre solitario, siempre encerrado en sí mismo, de claustro en claustro, pidiendo el trabajo como otros piden el pan, pasó de Asis á Pisa, de un cenobio á un cementerio, para pintar como en holocausto á Dios y obtener para la otra vida, único pensamiento suyo y objeto exclusivo de sus meditaciones, el perdon á sus culpas y el reposo que le habia negado la tierra. Y aquel paso de Giottino desde Asis á Pisa, determina otra peregrinacion general de los artistas desde el uno al otro santuario. Mas para que nada falte en la Iglesia baja de San Francisco, tambien se ve una Virgen de Cimabue, del pintor en quien acaba el arte bizantino y empieza el arte moderno. Y entre tanta maravilla hay unos cuadros de Simone

Memmi, á quien su devocion llevaba á pintar como los bizantinos y su natural como los giotistas. Amigo de Petrarca, cual Giotto fué amigo del Dante, retrató á Laura despues de muerta; pero con tal inspiracion, que el poeta amante cree ver al pintor trasladándose desde la tierra al paraíso á fin de entrever la mujer querida, como un ideal sobre cuyos contornos apénas se suspende el velo de las formas. Pincel así no debia faltar en santuario por excelencia del arte cristiano; de esta suerte puede asegurarse que todas las obras representativas del genio italiano, que es el genio moderno, desde las florecillas de San Francisco hasta las estancias de la Divina Comedia y desde las estancias de la Divina Comedia hasta los sonetos de Petrarca; todos los comienzos de las artes pictóricas, desde Giunta de Pisa hasta Cimabue, desde Cimabue hasta el Giotto, desde el Giotto hasta Simone Memmi se anidan, como un coro de ruiseñores inmortales, en las sombras misteriosas de este monasterio, una de las cimas indudablemente del humano espíritu.

La verdad es que la pintura moderna, despues del Tabor que encuentra en Asis, está definitivamente fundada. Los discípulos del Giotto recorren desde allí toda Italia y practican el nuevo arte. Revolucion tan profunda no podia verificarse sin protestas vivísimas y sin tentativas de reaccion

poderosas. El Giotto habia concluido con la pintura hierática, con el arte bizantino, de una ortodoxia y de una severidad completas. Su genio innovador prescindió del tipo consagrado por la tradicion y querido del pueblo. Atentar así á cuanto se habia adorado hasta entónces, era para ciertas almas pagadas de lo antiguo, un sacrilegio tan grande como atentar al mismo dogma. Las muchedumbres creian que los Cristos deformes y colosales, que las Vírgenes rígidas é inmóviles fueron obra de los ángeles, y un pintor láico, un pintor profano se atrevia irreverente á corregir estas creaciones del cielo. Por las venas ateridas de los grandes personajes sagrados se difundia la sangre caldeada de la nueva vida; sus ojos se movian y miraban con expresion á la manera de los mortales ojos; sus largas manos y sus delgados dedos se amoldaban al humano tipo; sonreian aquellos labios cerrados; bajo las vestiduras palpitaba su cuerpo y en torno suyo comenzaba á brotar como nueva primavera toda la naturaleza. Esto no podia tolerarse por los que estaban apegados á la tradicion religiosa. El Giotto habia querido demostrar que Cristo podia ser adorable, divino y ser tambien hermoso; la Virgen llamarse mujer, palpitar bajo el manto, moverse, vivir y ganar en belleza estética y en carácter sagrado; los santos, tener los ojos y las manos como nos-

otros los mortales pecadores y rezar y bendecir y atraerse la pública devoción; los retratos entrar en los altares sin profanación y sin necesidad de conservar el medio primitivo, pueril, bárbaro, que deseando manifestar la desproporción entre lo divino y lo humano, ponía junto á un Cristo gigantesco un hombre diminuto; reglas hieráticas muy santas, pero en cuya rigidez se apagaba y moría la espontaneidad del genio. Margheritone de Arezzo es el pintor que más vivamente protesta contra estas innovaciones; el que más se aferra á la tradición; el que con mayor empeño y porfía pinta según el modelo de las antiguas liturgias. Revelador instinto le dice que las nuevas figuras humanas son también humanas ideas; que por los cuadros de la reciente escuela se desliza una anticipada protesta; que rehacer el tipo del hombre y de la mujer en el arte, equivale á rehacer el tipo pagano; que evocar la Naturaleza, esa madre del pecado, vale tanto como evocar el genio de la antigüedad para completar el genio del cristianismo; que tras esta revolución artística asoma una revolución científica, una revolución religiosa, una revolución política, en las cuales se aneguen las tradiciones y sólo sobrenada la razón. Lo cierto es que llama á la puerta de los conventos; que concita las iras de las órdenes monásticas; que apela al Papa; que recibe de éste orden para

pintar según la antigua usanza; que consume sus fuerzas provocando una reacción universal; que maldice de los innovadores y de sus procedimientos, y como todos los reaccionarios de la historia, muere de dolor al reconocer la impotencia de sus esfuerzos y la fragilidad de su obra.

Dominados por estos pensamientos subimos á la tercer iglesia, á la iglesia superior, que se destaca allá arriba como una aureola. ¡Cuánta luz! Parece amasada en el éter de los espacios celestes. Hasta su pavimento resplandece como si caminarais sobre el disco de un astro. Las columnas se aligeran y se lanzan audaces á lo alto; las ventanas se rasgan y se espacian; los vidrios suben por aquellos claros y por aquellos rosetones para dar á la luz toda suerte de cambiantes; las naves, de hermosa manera pintadas, semejan al cielo lleno de bienaventurados que cantan en coro entre estrellas y flores; la ornamentación se enriquece en inacabables guirnaldas como si pretendiese encerrar allí la universalidad de las cosas creadas; los frescos tienen tal viveza y tal colorido que deslumbran; los altares brillan maravillosamente cincelados tras verjas doradas de una labor primorosa; el vértigo producido por tanto resplandor en las alturas es tal, que os creeríais atravesando en sagrado tabernáculo sobre las alas de los serafines el espacio infinito en pos del divino

ideal, eterna aspiración del alma y eterno arquetipo del universo. Poblád este templo y lo veréis animarse como si todavía estuvieran vivas las ideas que lo levantaron al cielo. Los peregrinos se agolpan á la puerta; los monjes cantan en el coro; los fieles se arrodillan al pié de los altares; los oficiantes con sus capas de damasco y de brocado, celebran la misa entre murmullos de oraciones que tomariais por el aleteo de las almas; sube el incienso en espirales á las bóvedas y baja la luz de las áureas lámparas y de las místicas ojivas; la melodía del órgano llena de acentos angélicos las naves; la voz de la campana llama desde la torre lo infinito y por los arcos, acabados en un punto, como el pensamiento y la naturaleza acaban en la unidad de Dios, se elevan las almas, cual por la escala de Jacob, á perderse, huyendo de los dolores y de los desengaños terrestres, en el seno de la eternidad.

¡Cuán maravillosamente comprendian los hombres de aquella edad el arte religioso! Estos tres templos elevados en el mismo espacio, puestos el uno sobre el otro, me parecen la imagen de la vida con sus raíces en el sepulcro y con sus cúpulas en el cielo. ¡Cuántos esfuerzos, cuántos trabajos, cuántas oraciones, cuántas lágrimas, para subir desde ese antro húmedo, desde esas tinieblas espesas, desde ese frío mortal de la última

iglesia encerrada como el feto informe en las entrañas de la tierra, á la iglesia media que se dilata como nuestra vida terrena, que mezcla sombras y luz como nuestras ideas y nuestras pasiones, que quiere alzarse á lo infinito y se encorva y se baja al peso abrumador de sus aspiraciones; hasta que al postre, en el término de esta serie, en el último peldaño de esta escala, en el esfuerzo último de ascension al ideal, se eleva la iglesia superior como la sobrehumana transfiguración alcanzada por nuestro dolorosísimo sér, el cual, despues de haber pasado por el dolor y por la penitencia, entra allá en el cielo para coronar la pasión de nuestra vida que no debe concluir en eterna muerte, no, que debe concluir y concluirá por divina resurrección.

Creeríais que va á reproducirse el apólogo alemán inolvidable en aquellas trasformaciones sucesivas del arte. Parece que, nacido en el fondo de las tinieblas y en las cavernas cercanas á la nada, acostumbrado á la soledad y al silencio; sin oír más que el rozar de las aves nocturnas con sus sedosas alas en vuestras sienas ó el ruido de la gota de agua como lágrima eterna en los abismos; sin ver más que la retina del buho y de la lechuza que os miran burlescamente ó el fosfórico resplandor de los huesos descomponiéndose por la humedad en la tierra, viene de pronto un genio

y os dice que si quereis ver algo superior le sigais y os lleva en noche serena de plenilunio á las alturas y os enseña la casta luna en el zenit con su corona de estrellas, saludada por el ladrido del perro y el canto del gallo y la sonata del ruiseñor, obligándoos á creer, como hijo de las tinieblas, aquel mustio resplandor pleno dia y á quedaros allí contemplando eternamente la plateada faz del astro de las sombras, como tomándola por la última expresion de la vida y por el último grado de la luz. Y luégo otro genio os toma la mano y os muestra el sol del mediodía, esplendente, luminoso, ardentísimo, ante el cual es la luna como el fósforo de la oscura caverna y veis que el sol pinta las flores, anima al coro de las aves, derrama á torrentes la electricidad, enciende la sangre de todos los animales, suspende por cadenas invisibles en torno suyo los planetas y aumenta con su luz y su calor la vida. Y bien hallado en esta tierra hermosísima, desde cuyo seno se descubre un sol tan espléndido, anhelariais quedaros en ella, vivir eternamente en su regazo, cuando viene otro genio superior y os lleva en sus alas á contemplar estrellas ante las cuales nuestro sol es como la luna. Y allí quereis quedaros, puesto que, triste helecho de una caverna solitaria, habeis subido hasta ese grado superior de la vida, cuando viene un ángel y os ense-

ña algo mayor y más hermoso; las ideas eternas, en cuya comparacion vienen á ser como sombras los soles, y el Eterno Dios, en cuya presencia es como una mustia luciérnaga todo el Universo. Y de ascension en ascension habeis subido, materia informe, sombra espesa, niebla del vacío, á la luz, á la vida, al amor, á la inspiracion, al arte, á la ciencia, á las cimas últimas del cielo, á las últimas esferas del pensamiento, hasta ver en sobrehumanas intuiciones al Creador, y en el Creador la verdad, la bondad y la hermosura perfectas.

Desde la iglesia de Asis nos fuimos á una montaña cercana, como si tantas emociones nos hubieran dado el deseo, nunca satisfecho, de subir y subir más. Cuando la tarde espiraba, las campanas del monasterio tocaron el *Angellus* y llamaron á la oracion. No pude reprimir, al impulso de aquellos sonidos, un vuelco de la sangre que me recordó mi infancia y las mismas horas poéticas y los mismos toques de la solemne campana y el mismo murmullo de mística oracion. Las sombras de los siglos pasados se alzaron de sus panteones y se suspendieron sobre la cima del cenobio para decirme que en aquel campanario de San Francisco se habia saludado por vez primera con lengua de bronce el crepúsculo, cuyo poético *Angellus* habia corrido, en alas de las ideas, léjos, muy léjos, hasta las islas de los mares índicos, hasta los de-

siertos de América, como un zodiaco de misterios inefables que abrazára al planeta. Entónces me pareció oír que al Ave-María de las campanas se mezclaba el Ave-María de las piedras del monasterio, y al Ave-María de las piedras del monasterio el Ave-María de todos los seres de la tierra, y al Ave-María de todos los seres de la tierra el Ave-María de todos los astros del cielo en universal plegaria. Y vi á los grandes poetas del siglo pasar ante mis ojos; al que cantó la campana desde el momento en que su materia candente hierve en el molde, hasta el momento en que su voz solemne llama á los vivos y llora á los muertos; al que desde las torres de Nuestra Señora saludó con su alegre campaneó el día de la resurrección del espíritu humano alzado del sepulcro de la Edad Media á la vida del Renacimiento; al que apartó de los labios del alquimista desesperado la copa de veneno cuando los ecos del órgano y el repique de la Pascua le dijeron que no se había perdido la esperanza; al que, cargado con todas las culpas y todas las dudas de su edad, dolorido con todos los dolores humanos, calumniado como amante de la vida y ansioso por el martirio y por la muerte, desde las altas torres de Venecia agrandadas por el crepúsculo, sintió caer los toques misteriosos del *Angellus* sobre la celeste laguna en que comenzaban á retratarse las primeras estre-

llas de la tarde y oró con lágrimas en los ojos, y al través de las lágrimas y de las oraciones vió pasar sobre las nubes del ocaso la Madre del Verbo con su manto celeste, su extática mirada, la luna bajo las plantas, la mística paloma sobre la frente, estrechando á todos los seres contra su seno inmaculado en trasportes de maternal amor.

¡Quién no verá en el misterio del crepúsculo, en las últimas purpurinas nubes del ocaso y en las primeras rayas plateadas del alba; lo mismo sobre la cuna que sobre la tumba del día, esa fuente de amor, esa estrella del mar, esa inspiración del alma, á cuya inefable hermosura consagran una letanía sin fin lo mismo las cosas creadas que las ideas increadas, lo mismo los seres materiales en sus límites que las obras artísticas en sus luminosas órbitas, Virgen y Madre, á cuyos piés baten las alas blancas los ángeles y á cuyas sienas se agrupan las estrellas, eterno ideal que el corazón adivina y que no puede alabar como se merece la tenue palabra, forzada á enmudecer ante tanta virtud y tanta belleza en una religiosa inexplicable oración que sube al cielo como los vapores de la tarde, como el aroma de las flores, como las nubes del incienso, á mezclarse y confundirse en la aspiración de todo lo creado hácia la increada luz!